

# La Vocación, la Carrera y el Diploma

por Sebastián Salazar Bondy

El señor Lucio Castro Pineda ha respondido extensamente al comentario que del autor de estas líneas mereciera su artículo sobre la carrera de las Letras, escrito a raíz de la curiosa respuesta que uno de sus alumnos diera a la interrogación de una Prueba Objetiva sobre la profesión que habría de seguir una vez terminado el ciclo escolar. Aquel alumno, luego de afirmar que para tener éxito en la vida era indispensable un diploma que asegurara el futuro económico, renegaba de su vocación por las Letras y decidía su destino por la Geología, ya que esta ciencia, a su ingenuo juicio, le permitiría gozar, sin penurias materiales, de los placeres del campo y la vida libre. El señor Castro Pineda concluía de todo ello que el problema radicaba en la ausencia de protección que existía en el país para la vocación pura por las Letras, y no, como el cronista lo sostenía, en la ausencia de convicción vocacional en el adolescente.

El propósito de aquel comentario, al cual en LA PRENSA del sábado el señor Castro Pineda ha contestado, no era, por cierto, injuriar al magisterio nacional. Tomar la cuestión por ese lado es recurrir a un argumento harto demagógico. No es necesario repetir, una vez más, hasta qué heroico punto el maestro peruano es admirable, ni insistir en su triste situación material y social. El estudiante que razonó como queda expuesto sobre el drama de su vocación ha sido formado por maestros. Estos no son ajenos a la sociedad: emanan de ella y la representan, porque reciben la delegación de formar a la juventud y encaminarla. El maestro, no obstante, debe luchar contra todo aquello que juzga nocivo. Si el joven dice que el diploma es indispensable para triunfar, no dice, sin duda otra cosa que eso, es decir, afirma que la capacidad personal para que sea reconocida debe ser consagrada oficialmente. Mentira de la sociedad, es evidente. Pero, ¿por qué ese culto al título no ha sido oportunamente combatido por los maestros?

De acuerdo en que, además del aula, el joven tiene otras cátedras, como su casa y la calle, y que muchas de las ideas que aprende no son instrucción directa del profesor. ¿Mas acaso el profesor no está obligado, en homenaje a la verdad —y la verdad, en el caso comentado, es que el hombre vale

por sí y no por su diploma—, a desarraigar del alma joven los lugares comunes y los errores con que el mundo trafica? Lo malo es que el maestro también participa de aquel prejuicio tan vastamente difundido. Ni el cuerpo docente de la G. U. E. Bartolomé Herrera, ni el de la más pequeña escuela del lugar más apartado del Perú, tienen mala intención, pero me parece que, ligados a los absurdos programas de estudio que rigen la enseñanza en el país, encauzan fatalmente a los educandos hacia el título, hacia el diploma, hacia la profesionalización amparada por el sello del Estado. Cuenta poco la vocación, el llamado íntimo que todos, alguna vez, hemos sentido en el pecho.

Si dije que es necesario inculcar en el niño y el joven fe en sus aptitudes y la seguridad plena de que lo que vale en la existencia es la capacidad personal, no hice ninguna acusación. Expresé aquello como doctrina general. Y no vacilo en reiterar mis palabras. Sólo cuando la educación se sustente en la confianza hacia los medios intelectuales individuales, cuando se ponga énfasis en que son igualmente importantes el eficiente técnico de motores, el poeta inspirado y sincero o el abogado honesto y capaz, no porque tienen título o no lo tienen, sino porque cumplen eficazmente con su papel en la vida, de modo útil para sí y para la comunidad, se hallará el camino de la verdadera ilustración. Creo que estaremos de acuerdo, el señor Castro Pineda y yo, en suscribir el principio de que no hay peor mal en la pedagogía actual que esa inclinación que muestra toda su estructura hacia la profesionalización rápida y lucrativa.

En fin, la respuesta a la Prueba Nº 56, que ha motivado este diálogo, revela la angustia de un alma desorientada, el conflicto de un joven que al abandonar su 5º año de Secundaria abomina de su vocación por razones económicas y elige una meta apoyándose en motivos evidentemente falsos. Las Letras, sí, son una carrera dura —no seré yo quien lo niegue—, pero cae por su peso el hecho de que el colegio, en vez de abrir los ojos al futuro ciudadano, se los empaña. De ellos somos culpables todos y, por ende, son culpables aquellos que, junto al niño, nos encarnan bajo el respetable nombre de maestros.